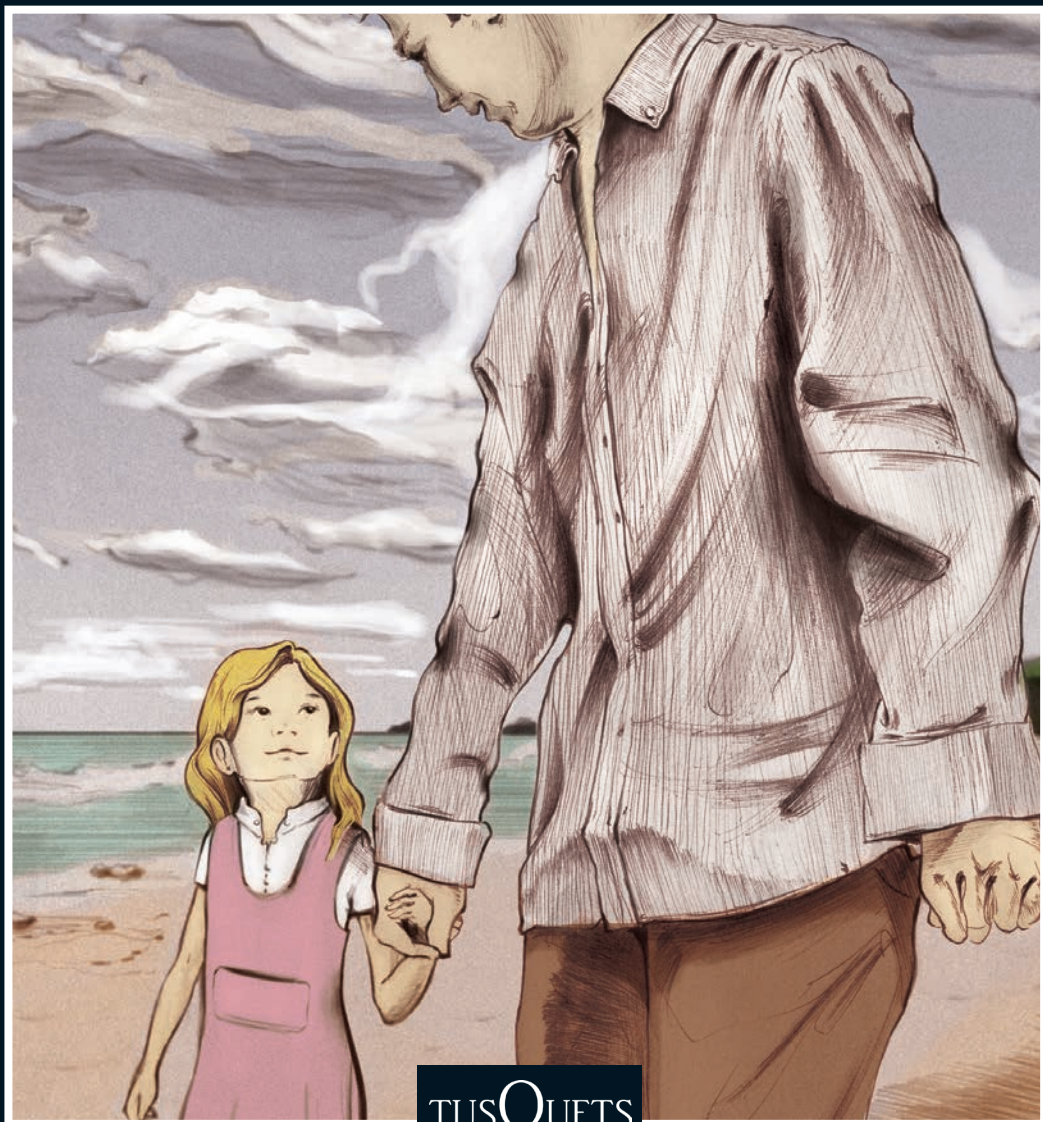


Gonzalo Hidalgo Bayal

LA PRINCESA Y LA MUERTE

Un libro de relatos encadenados para lectores de 8 a 88 años

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GONZALO HIDALGO BAYAL
LA PRINCESA Y LA MUERTE

Ilustraciones de Lucas Baró

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2017

© Gonzalo Hidalgo Bayal, 2017

© de las ilustraciones: Lucas Baró, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-452-0
Depósito legal: B. 16.264-2017
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impresión: CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

1. El honrado pescador.....	11
2. El monstruo de siete cabezas.....	19
3. El escarabajo.....	27
4. El hijo del carpintero.....	33
5. El mercader.....	39
6. La caja de plata.....	47
7. La princesa azul.....	57
8. El anillo.....	65
9. Pleamar.....	75
10. El pacto.....	81
11. El caballero y la muerte.....	91
12. El juglar.....	97
13. Las hijas del rey.....	105
14. El pozo.....	115
15. El último caballero.....	123
16. El idiota.....	131

17. El caballero errante	139
18. El gesto	149
19. La princesa feliz	157
20. Los sueños	163
21. El espejo	171
<i>Epílogo: ¡O Ko-si! ¡O Ko-si!</i>	<i>177</i>

Cuando raptaron a la hija del rey, la aflicción y el infortunio se extendieron como una maldición por el territorio. El rey pasaba los días lamentándose en la sala de audiencias, sin que consejeros ni bufones lograran proporcionarle consuelo alguno, y durante la noche, a solas en su cámara, se entregaba a suplicios terribles y secretos. Los súbditos derramaban lágrimas amargas a todas horas, conmovidos en la sencillez de su corazón por el destino de la princesa. Antes, sin embargo, de que la desidia del monarca se tornara contra su propio pueblo, los consejeros lograron arrancarle la promesa de que daría a la princesa en matrimonio a quienquiera que la rescatase. El

edicto real se propagó por el reino y enseguida acudieron pretendientes de los lugares más remotos, jóvenes valientes, galanes aguerridos, caballeros ambiciosos, que aspiraban a la mano de la princesa y estaban dispuestos a morir por su hermosura. Juntos, o por separado, siguieron las huellas del azar, los mil rumores de un paradero oculto: recorrieron los caminos silvestres, se internaron en la aspereza de las montañas, cruzaron las fronteras enemigas, exploraron las islas más próximas, pero unos y otros fracasaron y no pocos perdieron la vida en el empeño. La tristeza del rey alcanzaba proporciones tan sobrehumanas que a menudo se transformaba en una desesperación devastadora y cruel. Los súbditos, por su parte, sufrían con resignación aquellos embates de la fatalidad que no sólo parecían no tener fin, sino que se acentuaban con los días. Hasta que una mañana acudió a palacio un humilde pescador asegurando que rescataría a la princesa si el rey le concedía antes un deseo. «Concedido», dijo el rey sin

escuchar la súplica y urgiendo al pescador a emprender sin más tardanza la búsqueda. Se fue, pues, el pescador y, en efecto, al cabo de tres semanas hubo noticias de que volvía con la princesa. Un numeroso séquito acompañó al héroe en su regreso y el rey dispuso un recibimiento triunfal. Cuando llegaron a la ciudad, el pescador, coronado por la multitud con los atributos de la gloria, avanzó solemnemente, junto a la princesa, por un pasillo entusiasta de súbditos y vítores, desde la muralla hasta el trono, donde se puso de rodillas ante su majestad. El rey abrazó a su hija lleno de alegría, sin ocultar la emoción de sus lágrimas. Después, compuesta la figura, manifestó su agradecimiento al pescador y su disposición a satisfacer el deseo aplazado. «Majestad», dijo humildemente el pescador, «no puedo aceptar la mano de la princesa.» Los ojos del rey se llenaron de cólera al oír tales palabras y de su mirada manó sangre y manó fuego. «Ahorcadlo», dijo lleno de furia. Pese a la intercesión de la princesa, los verdugos apres-

ron inmediatamente al pescador, pues nadie desafiaba impunemente la voluntad real, y lo condujeron al patíbulo. La muchedumbre contempló con horror la ejecución, pero un sentimiento de lástima y de miedo enmudeció los corazones. Y, entre el coraje y el pánico, nadie advirtió la presencia doliente y silenciosa de una mujer muy joven, una mujer acostumbrada a las esperas inciertas e interminables del atardecer en la soledad de los acantilados. Durante tres días y tres noches se balanceó el cadáver en la horca, mecido apenas por la quietud del viento y por los silencios de la oscuridad, pudriéndose poco a poco bajo el vuelo sombrío de los cuervos. Entretanto la compasión se atenuó hasta convertirse en veredicto y pronto fue opinión unánime que la muerte del pescador había sido justa y necesaria, porque nadie puede despreciar con arrogancia a la hija del rey.

